

La coronación del Emperador en San Pedro

La ceremonia de coronación de Carlomagno llevada a cabo con un sencillo rito en la Navidad del año '800 fue la base, si bien con ulteriores desarrollos, del sucesivo “orden” para la coronación de un soberano. Esta fue una de las ceremonias tradicionales del medioevo, la cual comenzaba en los límites de la Basílica de San Pedro y alcanzaba su culmen delante de la misma Confesión del Apóstol. De estos ritos es testigo antiguo y específico el *Ordo* romano XLV, datado en el último decenio del siglo IX, que preveía tres momentos principales: *preces* (las oraciones), *unctio* (la unción), *coronatio* (la coronación)¹.

El *Ordo* se abre en el contexto con un encuentro entre el Pontífice y el soberano en el área que se extiende sobre la escalinata de acceso al atrio de la Basílica. Aquí se realizaba el juramento de protección y de fidelidad, que el emperador, dirigiéndose a Dios y a San Pedro, debía prestar antes de acceder a la Iglesia. Los oficiantes, en orden creciente de dignidad, eran los obispos suburbicarios de Albano, Porto y Ostia.

Al atravesar el atrio o pórtico de la Basílica tenía lugar una primera estación o parada ritual en la Puerta 'Argentea', aquella mediana que se encuentra apenas atravesado el umbral. Aquí, al ingreso de la nave central el obispo de Albano pronunciaba la primera oración de bendición presente en el rito, sobre la cabeza del elegido. La procesión proseguía hasta la mitad de la nave, donde el elegido se detenía justo “in medio rotae”, o sea sobre aquel gran disco rojo de

¹ Cfr. M. ANDRIEU, *Les “Ordines Romani” du Haut Moyen Age*, IV (*Spicilegium Sarum Lovaniense*), Louvain 1985, 459-462.

pórfido presente en el suelo a la altura de la sexta columna y allí recibía la segunda bendición del obispo de Porto.

La procesión avanzaba después hacia la Confesión de San Pedro, donde el soberano elegido se prostraba por tierra; era este el momento de gran conmoción, en el cual el archidiácono romano daba inicio a las letanías de súplica. Terminadas las mismas, el obispo de Ostia, el más alto en dignidad, entraba en función y ungía el brazo derecho y los hombros del elegido pronunciando la tercera oración ritual.

Es probable que el Papa después del recibimiento externo del soberano en el atrio se dirigiese a la Confesión para esperarlo en la Cátedra en el ábside. Aquí el emperador subía y recibía la corona que sobre la cabeza le colocaba el Pontífice. Sucesivamente seguía la celebración de la Santa Misa con el solemne canto *Gloria in excelsis Deo*. Después del *Gloria* se entonaban las así llamadas *Laudes* o sea, aclamaciones de júbilo y de asentimiento por el Pontífice y el Soberano, que tenían una finalidad honorífica.

La costumbre de realizar una parada sobre el disco de pórfido rojo (*rota porphiretica*) presenta una analogía con el ritual bizantino de la coronación en el cual el pórfido se consideraba la piedra propia de los emperadores. Una memoria de esta "*rota porphiretica*" sobrevive en el suelo de la nave central de la nueva basílica de San Pedro. Inmediatamente después de la gran puerta de bronce del 'Filarete' es visible, de hecho, un círculo purpúreo, recompuesto con diversos fragmentos del antiguo disco de pórfido rojo.

Este rito de coronación, que se desarrolló de modo específico en la Basílica Vaticana, converge hacia la Confesión del Apóstol Pedro, visto y considerado como aquel que a través del Papa, su sucesor, transmitía también la potestad soberana y exigía una particular fidelidad y protección para la Iglesia.

El rito fue retomado con solemnidad en San Pedro con Otón I, rey de Alemania, coronado emperador por el joven papa Juan XII el

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

2 de febrero del año 962. Otón introdujo algunas variantes y quiso que la unción fuese realizada por el mismo Pontífice. Una anécdota curiosa registrada en el *Chronicon* de Thietmar (IV, 2) refiere que durante la ceremonia, Otón I, ya próximo a ser coronado, desconfiando de los rostros oscuros de los aristócratas romanos que le estaban entorno, susurró a uno de sus guardias, Ansfredo di Löewen: “Hoy, cuando me arrodille delante de la tumba del Apóstol, debes estar atento de tener tu espada siempre alzada sobre mi cabeza; conozco bien lo que mis predecesores tuvieron que sufrir de la mala fe de los romanos. El sabio rechaza el mal con la prudencia. Para decir tus oraciones tendrás todo el tiempo para hacerlo después, en el Monte Mario, cuando retomemos el camino de regreso a nuestra casa”.

El 24 de diciembre del 967, en la vigilia de la Navidad, Otón II, hijo de doce años de Otón I, fue coronado según el antiguo ritual en la Basílica Vaticana por el Papa Juan XIII. Algunos años después, el 7 de diciembre del 983, el joven emperador moría en el palacio imperial cerca de la Basílica, en el lugar correspondiente al actual Camposanto Teutónico. Su cuerpo fue entonces depuesto en un antiguo sarcófago de pórfido rojo sobre el lado oriental del pórtico, debajo de una magnífico mosaico que representaba a Cristo sentado en un trono entre los Santos Pedro y Pablo. En 1610 los restos mortales de Otón II fueron trasladados a las Grutas Vaticanas a un sarcófago estriado, descubierto poco tiempo antes, en el cual fue esculpido en latín el nombre del emperador: “Otón II, Emperador Augusto”.

Otón III, con el mismo ritual, fue coronado en San Pedro el 21 de mayo de 996 por el papa Gregorio V, que era primo.

Sobre la misma “*rota porphiretica*” se postraron para las bendiciones otros emperadores y reyes para ser después coronados por el Papa, hasta Federico III, coronado por Nicolás V el 19 de marzo de 1452.

Traducción del italiano por P. Lic. José Ansaldi, IVE